

LA IGLESIA, COMUNIDAD DE LA PALABRA, A LA LUZ DEL VATICANO II

«Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia Santa, Comunidad de Fe...» (CI. 8).

«La Palabra del Señor crecía y se multiplicaba» (Hech., 12, 24).

Manuel USEROS, Pbro.
Salamanca. Madrid.

I.—DIMENSIÓN CATEQUÉTICA DEL TEMA.

A partir de la eclesiología del Vaticano II se ha de verificar una renovación de la catequesis sobre la Iglesia. Esta renovación se ha de proyectar en la doble dimensión fundamental de una consideración de la Iglesia como Misterio y como Institución de Salud.

Efectivamente, la Iglesia es «comunidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí en Cristo»¹, cuya misteriosa realidad nos ha sido manifestada por la catequesis neotestamentaria con las expresiones bíblicas capitales, aunque no exclusivas, de «Pueblo de Dios», «Cuerpo de Cristo», «Templo del Espíritu», bien destacadas en la Constitución conciliar sobre la Iglesia. Esta comunión, que es la Iglesia, actualiza en el mundo el único acontecimiento de salud que ha sido consumado por Cristo. Una catequesis integral no puede orillar esta

dimensión del Misterio de la Iglesia, y la pedagogía del Vaticano II lo ha puesto vigorosamente de relieve.

Pero la Iglesia es también al mismo tiempo Instrumento asociado a Cristo para la actualización de su obra de salud entre los hombres —«hasta que El vuelva» (I Cor 11, 26)—, y en cuanto tal, se nos presenta como Institución de Salvación, como la «Santa Madre Iglesia», de cuyo seno por la Fe y los Sacramentos de la Fe nacen los nuevos hijos de Dios, la comunidad de fieles². Este aspecto institucional de la Iglesia es la otra dimensión ineludible de la catequesis eclesiológica, según la tradición neotestamentaria; aunque también implicado en las imágenes bíblicas a que antes hemos aludido, encuentra su expresión más peculiar en la visión paulina y joánica de la Iglesia como «Jerusalem de Arriba» y «Madre nuestra» (Gal 4, 26; Apoc 3, 12), «Mujer» y «Esposa de Cristo» (Apoc 12; 19, 1; 21, 2 y 9; 22, 17; Ef 5, 26).

La eclesiología del Vaticano II no ha tratado de este tema de una manera sistemática, ni siquiera en su Constitución «De Ecclesia»; esto no significa que el Vaticano II haya venido a oscurecer el aspecto de Iglesia-Institución. Hay que reconocer, por el contrario, que es la tesis primera con que se abre en la Constitución la doctrina conciliar sobre la Iglesia, al afirmar de una manera general que «la Iglesia es en Cristo como un Sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios...» (CI 1); este tema de Iglesia-Radical Sacramento, cuyo significado institucional es bien explícito, reaparece varias veces en los documentos conciliares. Subrayamos esta afirmación porque es importante que los catequistas tengan muy presente cómo la insistencia conciliar en la noción de Iglesia-Sacramento Radical manifiesta claramente la preocupación del Concilio por destacar para la teología católica de la Iglesia la necesaria conexión entre Institución y Comunidad de Gracia; conexión que, también desde el punto de vista catequético, hay que mantener como criterio metodológico fundamental.

Además de esta noción de Iglesia-Radical Sacramento, clave para la eclesiología de la Institución, encontramos en los documentos conciliares otros datos que explicitan esta temática y la especifican en sus diversos aspectos; a partir de ciertos capítulos y de afirmaciones diseminadas es posible reconstruir una consideración de la Iglesia como

¹ CONGAR: *Jalones para una Teología del Laicado* (B. 1963), 44.

² El significado institucional del tema patristico de «Ecclesia Mater» ha sido ampliamente estudiado por K. DELAHAYE, *Ecclesia Mater* (P. 1964).

Comunidad de la Palabra, de los Sacramentos y de los Ministerios, centrándonos de lleno en una catequesis de la Institución, ya que Palabra, Sacramentos y Ministerios son los elementos por los que se constituye como tal la «Ecclesia Mater» o, según una terminología clásica, «medios de la Gracia», instituidos por Cristo para la edificación de su Cuerpo en el mundo, que es la Iglesia (Ef 4, 11; 2, 19; I Cor 3, 9-12).

De esta perspectiva eclesial, el aspecto que vamos a estudiar a la luz del Vaticano II es el de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, por su acuciante actualidad y porque es uno de los más ausentes, aun hoy, en los planes de iniciación cristiana a los Misterios de la Fe. Desde luego, quede bien claro que no pretendo en este comentario abordar la cuestión de una Teología de la Palabra, sino marcar las líneas directrices de mayor relieve para una catequesis sobre la Iglesia, Comunidad de la Palabra, a nivel de la eclesiología conciliar.

Adentrándonos en esta línea, el primer dato que hay que constatar es la necesidad que tiene nuestra catequesis de considerar la relación que existe entre Palabra de Dios e Iglesia, de manera que no será posible dar una visión adecuada de la Iglesia, ni crear en nuestros fieles una conciencia eclesial proporcionada, si la Iglesia no es entendida y experimentada como Comunidad de la Palabra; no palabra humana, sino Palabra de Dios.

Este punto de partida será tanto más eficaz para explicar a los fieles la realidad de la «Ecclesia Mater», es decir, de la Iglesia-Institución de Salvación, si aparece correlacionado con su experiencia sacramental, recordándoles el diálogo del que han sido un día protagonistas al inicio del rito bautismal, que se desarrolla según la liturgia romana, al menos, en estos términos:

S.—«¿Qué pides de la Iglesia?»

B.—«La fe.»

S.—«¿La Fe qué te comunica?»

B.—«La vida eterna.»

En este contexto no es difícil hacer caer en la cuenta de la correlación entre «petición de la Fe» y «petición de la Palabra», entre la incorporación que se realiza en el bautismo a la Iglesia como Comunidad de la Fe y la incorporación a la Iglesia, Comunidad de la Palabra, ya que «la fe por la predicación, y la predicación por la Palabra de Dios» (Rom 10, 17).

La dimensión catequética del tema se proyecta, además, a otros puntos de vista de suma importancia en la vida cristiana. La consideración de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, es la base para que los fieles entiendan y valoren la principalidad eminente que corresponde a la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, en orden al desarrollo eclesial personal y comunitario y para discernir las responsabilidades propias de un cristiano adulto en esta línea, tanto con relación a la Palabra de Dios escrita como con relación a su proclamación en el mundo.

A partir de esta catequesis se desarrollará en los fieles una estima eclesial de la Sagrada Escritura, ya que la Biblia es la forma concreta, histórica y estática, de la existencia de la Palabra de Dios en la Iglesia; resultado práctico será descubrir la urgente necesidad de una iniciación bíblica adecuada, como cumplimiento de un compromiso personal cristiano y de la que depende que la Biblia sea realmente para los fieles el Libro Religioso por antonomasia; Libro para el encuentro con Dios y la oración, al que ningún «libro de meditaciones» o «devocionarios» puede compararse, ni menos suplantar. No es necesario insistir en que éste es uno de los objetivos centrales de la pastoral actual en trance de renovación, pues bien sabemos todos que no es esto lo que suele suceder entre los fieles de hoy, aun los más piadosos y practicantes, y a pesar de que los Movimientos Especializados de A. C. han contribuido a que se dé un gran paso en este sentido.

Correlativa a la valoración eclesial de la Sagrada Escritura es la valoración de la Proclamación de la Palabra de Dios, como acción esencial y capital de la Iglesia, en cuanto que es Institución de Salvación. Más adelante tendremos ocasión de explicitar la responsabilidad de los fieles en esta línea, en cuanto que por la confirmación han sido constituidos públicamente en «confesores de la Fe».

Por último, la presentación catequética a los fieles de la Iglesia como Comunidad de la Palabra es de capital eficacia para que comprendan que en la economía salvífica del Pueblo de Dios, Palabra y Sacramentos, Biblia y Liturgia, son realidades inseparables. Los fieles podrán así caer en la cuenta de la honda coherencia eclesial de la estructura de las celebraciones litúrgicas, especialmente de la celebración eucarística y de la importancia de la Homilía, haciéndoles ver la íntima relación que existe entre la «Iglesia de la Palabra» y la «Iglesia de los Sacramentos», a la que corresponde la misma relación entre la «Mesa de la Palabra» y la «Mesa del Pan» en el desarrollo

de la Misa. Con esta mentalidad, la asistencia u omisión de la denominada «primera parte» de la Misa no se valorará exclusivamente con el criterio casuista y moralizante de «pecado y no pecado».

Estas son algunas derivaciones de mayor interés implicadas en el tema catequético que ahora abordamos. Si los fieles no eran sensibles a estas perspectivas en su religiosidad y manera de vivir en la Iglesia, se puede atribuir en gran parte a que la catequesis de la Institución se había limitado al aspecto apologético y jurídico de la autoridad eclesiástica; demostración de la fundación del Primado y del Episcopado y de sus poderes jerárquicos.

Al nivel de la eclesiología conciliar y en la línea de la catequesis notestamentaria, el equilibrio y plenitud se encuentran en una consideración de la Palabra de Dios, de los Sacramentos y del Ministerio Jerárquico como medios institucionales que engendran y conservan la comunión de Gracia en la Iglesia, la cual es por esto denominada «nuestra Santa Madre».

II.—PALABRA E IGLESIA; ACTUALIZACIÓN DE UN TEMA TRADICIONAL.

A decir verdad, no existe todavía un tratado católico sistemático sobre Teología de la Palabra, como existe, en cambio, un tratado «De constitutione hierarchica Ecclesiae», concebido como parte integrante de la Eclesiología.

Pero sería totalmente erróneo afirmar que el aspecto de la Iglesia como Comunidad de la Palabra es desconocido a la tradición católica. Ya para la patrística del siglo II, el anuncio de la Palabra es considerado como la primera actividad mediadora de la Iglesia³; la controversia bautismal de los tiempos de San Cipriano con el Papa Esteban y de San Agustín con los donatistas, en que se plantea el problema de la relación entre Fe y Sacramento, implicaba en el fondo el problema de Palabra e Iglesia, ya que la realidad de la Fe es inseparable de la realidad de la Palabra de Dios, y la Palabra de Dios ha sido confiada a la Iglesia y es por ella anunciada.

Además, fue con ocasión de la controversia a que aludimos cuando la teología patrística explicita la doctrina sobre la estructura del Sacramento, a la que pertenece la Palabra, hasta el punto de que San Agustín denomina a los Sacramentos «verbum visibile»⁴; de esta manera, en la economía de la Salud, la Palabra queda situada al

nivel en el que la Iglesia se presenta como Institución de Salvación.

Nada extraño si el obispo de Hipona ha correlacionado implícitamente la génesis de la Iglesia con la Palabra, al formular el clásico axioma de la eclesiología patrística, que llegaría inalterable hasta Santo Tomás y Torquemada, sobre la formación de la Iglesia por la Fe y los Sacramentos de la Fe: «Formata est ergo coniux Ecclesiae de latere eius, id est, de fide passionis et baptismi»⁵.

Acabamos de citar a Santo Tomás, y es que toda esta temática patrística, relacionada con la cuestión de Palabra-Iglesia, tuvo una notable resonancia en el mayor de todos los escolásticos. Sin duda alguna, puede considerarse como una de las características de su eclesiología la conexión insistentemente afirmada por Santo Tomás entre la Fe y los Sacramentos como medios para la constitución de la Iglesia, poniendo así implícitamente de relieve su aspecto institucional de Comunidad de la Palabra. Efectivamente, el Angélico habla de «plantatio Ecclesiae per modum doctrinae»⁶, considera la fundación de la Iglesia como efecto pleno de la predicación del Evangelio⁷ y afirma que la Iglesia es «instituta per fidem»⁸, que, en definitiva, es adhesión a la Palabra de Dios anunciada. Este mismo aspecto de la Iglesia, Comunidad de Fe, es el tema de fondo implicado en la doctrina de Santo Tomás sobre la importancia de la «fides Ecclesiae» en la constitución y eficacia de los sacramentos⁹.

Trento debería precisar toda esta temática, afirmando vigorosamente la institucionalidad de los Sacramentos y de la Jerarquía sacerdotal frente a la eclesiología de la Reforma, que a partir de la doctrina sobre la justificación «sola fide» se había desviado hacia una concepción incompleta del Sacerdocio como puro Ministerio de la Palabra y, consecuentemente, hacia una teología unilateral de la Iglesia, considerada exclusivamente como Iglesia de la Palabra.

Por una reacción explicable, a partir de este momento histórico la eclesiología católica de la Institución, condicionada por las urgencias apologeticas frente al Protestantismo, iba a quedar anclada con cierto desequilibrio en el aspecto de la Iglesia, Comunidad jerárquica, pasando a segundo plano el aspecto de Comunidad de la Palabra, e inclusive el de Comunidad Sacramental.

³ DELAHAYE: *Ecclesia Mater*, p. 221.

⁴ C. Faustum, XIX, 16 (PL. 42, 357). Sobre la cuestión Fe y Sacramentos en la patrística, confr. VILLETE, *Foi et Sacrement. I. Du Nouveau Testament à Saint-Augustin* (P. 1959).

⁵ *De Genesi contra Manich.*, II, 37 (PL. 34, 216).

Pero este aspecto de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, aunque no tuviera gran relieve en la sistematización de los tratados postridentinos «De Ecclesia», nunca fue eliminado de la perspectiva católica de la Eclesiología y de la Catequesis.

Es significativo que en el «De controversiis christianae fidei», de San R. Belarmino, máximo exponente de la teología de la Contrarreforma, el tratado sobre la Palabra de Dios —«De Verbo Dei»— precede a los «de Summo Pontifice» y «De Conciliis et Ecclesia»¹⁰. No deja tampoco de ser sintomático en esta línea cómo Belarmino ha destacado el significado de «Ecclesia», como «convocatio», manteniendo de esta manera, siquiera implícitamente, el dato tradicional, que vincula la realidad de la Iglesia a la realidad de la Palabra.

La eclesiología académica posterior se estabiliza en estos límites; el aspecto de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, apenas si encuentra cabida a propósito de las cuestiones sobre la unidad visible del Pueblo de Dios y sobre la potestad jerárquica de magisterio, como puede comprobarse en el período inmediato que antecede y sigue al Vaticano I, en los tratados de Dm. Grea y Franzelin, D'Herbigny y Billot; en una síntesis más reciente y tan valiosa como la de Journet, la temática Palabra-Iglesia queda también sin un desarrollo adecuado.

El tema en los Catecismos, desde el de San Pío V al de Gasparri, presenta, como es lógico, una trayectoria paralela. Hay que tener en cuenta, de todos modos, una observación, que tiene valor general, y es que la renovación de la catequesis sobre la Iglesia sigue un ritmo más lento que la renovación verificada en la línea de la actual teología de la Iglesia.

En época reciente, el «Catecismo católico» alemán incorpora numerosos elementos para una catequesis sobre la Palabra de Dios, como lo indican los títulos siguientes: «La Iglesia es la depositaria y maestra de nuestra fe», «Dios nos habla», «Jesucristo ha anunciado el Reino de Dios», «Jesucristo ha enseñado a los hombres», «La Iglesia predica y enseña», «La Iglesia saca su doctrina de la Sagrada Escritura y de la tradición oral». Pero todo esto no tiene relieve alguno en la noción de Iglesia, que se limita a recordar la imagen paulina: «La Iglesia

⁶ I. Sent. D. 16, p. 1, a. 2.

⁷ I-II, 106, 4 ad 4um.

⁸ III, 64, 2; I, 92, 3.

⁹ Confr. sobre este tema, VILLETE, *Foi et Sacrement. II. De Saint Thomas à Karl Barth* (P. 1965).

¹⁰ *De controversiis christianae fidei*, I-II (Mediolani, 1857).

es el Cuerpo Místico de Cristo; Cristo es la Cabeza, nosotros somos los miembros.»

Asimismo, si bien la principalidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia queda sugerida, al presentar su «predicación y enseñanza» como una de sus «obras»; sin embargo, con relación a su eficacia salvífica, no encontramos ningún interrogante explícito, y la valoración eclesial que de la Palabra de Dios se hace, se reduce a esta indicación de tipo moralizante: «La Iglesia desea que escuchemos la Palabra de Dios con fervor y que leamos la Sagrada Escritura con agrado»¹¹; deseo que el Catecismo ayude a cumplir prácticamente, dedicando en cada una de sus lecciones un apartado a la Palabra de Dios.

Así pues, nos parece, sin duda alguna, que el tema está ya mucho más presente en el Catecismo alemán, aunque todavía éste no nos ofrezca tampoco una catequesis sobre la Iglesia, en la que su aspecto de Comunidad de la Palabra adquiera relieve adecuado y explicitación precisa.

A la vista de esta breve información histórica, se puede concluir que, efectivamente, tanto la tradición teológica católica como la catequética tienen conciencia de la íntima relación que existe entre Palabra e Iglesia, aunque su explicitación y desarrollo haya sido incompleto y se haya oscurecido en particular a partir de la Contrarreforma.

Ante esta situación, un teólogo protestante de tanto prestigio como K. Barth ha hecho a los católicos la acusación, no totalmente injustificada, de que han mantenido un «gran silencio» sobre la Teología de la Palabra proclamada en la Iglesia¹²; teología de la Palabra que en definitiva ha de ser considerada como una parte de la eclesiología¹³. Este fenómeno se explica, en parte, por las deficiencias de la Eclesiología católica y, sobre todo, por el fenómeno correlativo de la ausencia de una reflexión católica, sistemática y elaborada con profundidad, sobre la naturaleza de la Palabra «dicha» por Dios, o Revelación Divina, de la que el primer tratado católico que merezca ser cualificado como tal es considerada por algún autor la obra recientísima del P. Latourelle¹⁴.

En el momento actual se ha dado en este sentido un gran paso hacia adelante. La reflexión católica sobre el aspecto eclesial de la Palabra ha comenzado a tener consistencia en las décadas que preceden al Vaticano II. Como prueba, ahí están los tratados «de Eccle-

sia» de Schmaus y del P. Liégé, uno más académico, otro más divulgador, en los que la cuestión de Palabra-Iglesia se plantea explícitamente y se desarrolla con un espíritu renovador¹⁵. A ello ha contribuido mucho el resurgir en el campo católico de la teología de la predicación, vinculado en sus orígenes a la cuestión de la necesidad de una «teología kerigmática», promovida por un grupo de teólogos de Innsbruck; pero, sobre todo, ha sido el actual movimiento litúrgico el que, al insistir en la relación entre Palabra y Sacramento, Biblia y Liturgia, así como en la principalidad de la proclamación de la Palabra en el culto, ha orientado a la teología de nuestro tiempo hacia el descubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra y ha ido recuperando y explicitando unos datos tradicionales en este sentido, que en el futuro no podrá por menos de tener en cuenta la Eclesiología¹⁶.

También hay que reconocer el estímulo benéfico ejercitado sobre los teólogos católicos por la teología protestante en general, particularmente atenta a la relación entre Palabra e Iglesia; influjo que, sobre todo, se ha hecho notar a partir del trabajo de K Barth sobre este tema¹⁷, que aún carece de una «sistematización católica» paralela. Pero de día en día va creciendo la literatura católica sobre esta problemática.

En todos estos estudios se descubre, latente o explícita, una preocupación primordial de gran importancia por sus implicaciones teológicas y pastorales y que se presenta con un cierto matiz de reivindicación eclesial en el sector católico; es la afirmación insistente de que la Iglesia de Cristo institucionalmente es tanto Iglesia de la Palabra

¹¹ *Catecismo Católico* (B. 1964), 90.

¹² BARTH: *Dogmatique*, vol. I, t. I (Gen., 1953), pp. 64-65.

¹³ CH. MOELLER: *Théologie de la Parole et Oecumenisme*, en «Irenikon», 14 (1951), 331. En cuanto a la historia de la cuestión, el autor subraya que hasta el siglo XIII ha existido en la teología católica una clara conciencia eclesial de la Palabra.

¹⁴ LATOURELLE: *Théologie de la Révélation* (Brug., 1963); D. GRASSO: *L'annuncio della salvezza* (Nap., 1965), p. 29.

¹⁵ SCHMAUS: *Teología Dogmática. IV. La Iglesia* (Mad., 1962), 711-752; A. LIÉGÉ: *Le Mystère de l'Eglise*, en «Initiation Theologique», IV (P., 1964), 342 y 357.

¹⁶ VARIOS: *Parole de Dieu et Liturgie* (P., 1958), en «Lex Orandi»; DANIELOU: *Bible et Liturgie* (P., 1950), en «Lex Orandi»; FLORISTÁN: *La Palabra y el Sacramento en la acción Pastoral*, en «Scriptorium Victorienne», 8 (1961), 288-327.

¹⁷ K. BARTH: *Dogmatique. Doctrine de la Parole du Dieu. V 1/2, L'Écriture et la predication de l'Eglise* (Gen., 1955). Confr., asimismo, los volúmenes anteriores.

como Iglesia de los Sacramentos, en el sentido de que en ambos elementos se funda la presente Economía de la Salud actualizada por la Iglesia. El que la Sagrada Escritura exista en su forma actual concreta, el que la Palabra de Dios deba ser proclamada entre los hombres para suscitar la fe que salva con el sacramento, el que esta Palabra haya sido revelada en Cristo y por El anunciada, en fin, el que la proclamación de la Palabra haya sido establecida como ministerio jerárquico eclesial, no son datos pre-eclesiales o extra-eclesiales, sino que se sitúan en la misma línea de la génesis y acontecimiento de la Iglesia constituida como Institución de Salvación.

De los diversos estudios sobre esta temática destacamos algunos enunciados, que de una manera u otra proponen o se conexionan con esta doctrina, cuya divulgación a la hora del Vaticano II había adquirido ya un amplio radio de expansión: «La Escritura como elemento constitucional de la Iglesia»¹⁸; «La Iglesia ha sido engendrada por la Palabra antes de surgir de las aguas bautismales»¹⁹; «Lo mismo que tiene carácter de Sacramento, tiene —la Iglesia— carácter de Palabra..., es también la proto-palabra, en cuanto que Cristo, Verbo encarnado, se representa y habla en ella»²⁰; «La Iglesia, Palabra de Dios..., comunidad de los hombres que escuchan la Palabra de Dios»²¹; «El tiempo de la Iglesia es el tiempo de la Palabra»²²; «La Palabra convoca y engendra la Iglesia»²³; «La predicación engendra y desarrolla la Iglesia»²⁴; «El ministerio de la Palabra..., elemento esencial de la Iglesia»²⁵.

El breve enunciado de estos axiomas sugiere una amplia problemática, no resuelta todavía en términos teológicos precisos; desde el punto de vista catequético, ahora en perspectiva, lo que interesa constatar es que la teología actual no se resigna a que se reduzca la comprensión católica de la Iglesia al malentendido de «Iglesia de los Sacramentos», en radical oposición a la noción de «Iglesia de la Palabra», que en exclusiva poseería la eclesiología protestante.

¹⁸ RAHNER: *Über die Schriftinspiration* (Frei., 1958), 55.

¹⁹ LIEGE: *O. c.*, p. 358.

²⁰ SCHMAUS: *O. c.*, p. 759-760.

²¹ SCHILLEBEECKX: *Parole et Sacrement dans l'Eglise*, en «Lumière et Vie», IX (1960), 35. SEMMELROTH: *Parole efficace* (P., 1963), 88 y 108.

²² J. MOURoux: *Le Mystère du Temps* (P., 1962), pp. 196-204.

²³ LATOURELLE: *O. c.*, p. 435.

²⁴ GRASSO: *O. c.*, pp. 103-105.

²⁵ SEMMELROTH: *O. c.*, p. 114.

¿Qué resonancia ha tenido en el Vaticano II toda esta temática? En resumen, nos parece que, aun siendo éste uno de los aspectos menos elaborados por la eclesiología conciliar, en ella encontramos los elementos fundamentales que manifiestan la realidad de la Iglesia como Comunidad de la Palabra. Este será uno de los campos en que se verá empeñada la reflexión teológica del futuro, en orden a clarificar el sentido que tiene para la eclesiología católica la tesis de que la Iglesia es Institución de Salvación.

III.—PEDAGOGÍA CONCILIAR.

1. *La Iglesia es «convocación».*

A decir verdad, no encontramos en los documentos conciliares una denominación explícita, literal, de la Iglesia como «Comunidad de la Palabra»; se usan las correlativas de «Comunidad de Fe» (CI 8, 31) y «comunidad de Verdad» (CI 9, 36).

Pero a través de los documentos conciliares —y esto es lo más decisivo— se han introducido diversas afirmaciones, que descubren con suficiente relieve la dimensión eclesial de la Palabra de Dios.

No es necesario insistir en que el contexto conciliar presupone la doctrina católica de que la Palabra de Dios permanece en la Iglesia, escrita y proclamada desde sus orígenes por los Apóstoles (DE 3, 96; CI 17, 50), y que su revelación con plenitud se realizó en Cristo, Palabra de Dios encarnada. Con Cristo, Palabra de Dios por antonomasia, se correlaciona cualquier otra forma de existencia de la Palabra en la Iglesia. Los estudios actuales sobre la teología de la Palabra insisten en particular sobre este dato²⁶; la tradición patristica, de la que, sobre todo, dan testimonio San Agustín y Orígenes en este caso, tuvo una conciencia bien clara de este hecho; Orígenes llega a comparar la presencialización de la Palabra de Dios en la Escritura a la misma Encarnación de la Palabra de Dios en Cristo²⁷.

²⁶ CHARLIER: *Le Christ, Parole de Dieu*, en «La Parole de Dieu en Jésus-Christ» (Tournai, 1964), 121.

²⁷ «En los últimos días la Palabra ha venido a este mundo del seno de María y revestida de carne... Así también la Palabra de Dios no fue presentada por los profetas y por Moisés, sin estar revestida de una vestidura conveniente. De la misma manera que en Cristo la Palabra estaba cubierta por el velo de la carne, el Antiguo Testamento la cubre con el velo de la escritura; en este caso se ve la letra, como en Cristo se ve la carne, pero en ambos casos se reconoce

A esta aparición primordial de la Palabra encarnada ha dedicado su atención el Concilio, recordando un texto clave de San Pablo:

«Dios, que... habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas —Heb 1, 1—, cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres...» (CL 5, 65).

Veremos ahora cómo la eclesiología conciliar considera el Misterio de la Iglesia en conexión con la Palabra de Dios.

El primer dato, que con sorpresa encontramos afirmado en los documentos conciliares, relacionado con el aspecto de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, es el tema clásico, aun en la catequesis posttridentina de la Iglesia-Convocación.

La Constitución «De Ecclesia» efectivamente nos presenta, ante todo, el plan salvífico, establecido por Dios, como una determinación de «convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia» (2, 21).

Esta obra de convocación fue consumada por Cristo con la Nueva Alianza, y mediante esta convocación se constituye el nuevo Pueblo de Dios:

«Pacto nuevo, que estableció en Cristo, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre —I Cor 11, 25—, convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles, que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios» (CI 9, 35).

La eclesiología conciliar atribuye, sin duda, una gran importancia a este aspecto de la Iglesia como «convocación de Dios», ya que es un aspecto que el Concilio integra en la noción que nos ofrece de la Iglesia:

«La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios, para que sea sacramento visible de esta unidad salútfera para todos y cada uno» (CI 9, 37).

Reaparece, pues, como hemos indicado, consolidado en la pedagogía conciliar sobre la Iglesia, el tema de la catequesis tradicional, que había ido quedando un tanto relegado; «Ecclesia significat evocationem», enseñaba el Catecismo de Trento²⁸; la Iglesia es «coetus vo-

que la realidad profunda, escondida bajo estas apariencias, es la Divinidad» (*Homilía sobre el Levítico*, I, 1; cit. por SEMMELROTH, *O. c.*, p. 119).

²⁸ CR. I, 9, 2.

catorum», diría Belarmino, y todavía el Catecismo de San Pío X repetirá: «Iglesia significa convocación»²⁹.

Este significado da ocasión para subrayar un criterio fundamental de la catequesis eclesiológica: hay que presentar la Iglesia a los fieles, antes que nada, como iniciativa de Dios, y no agrupación de hombres bautizados, para evitar que la catequesis quede anclada en el aspecto puramente antropocéntrico de la Iglesia-sociedad.

La Iglesia es convocación, antes que ser «congregación», y no puede existir más convocación a la Salud que la realizada por obra de Dios. Aunque tal vez para nuestros fieles la experiencia más fuerte desde el punto de vista de Iglesia sea la de pertenecer al «grupo de católicos», hay que hacerles descubrir y vivir, a partir incluso de esta misma experiencia, el hecho de que antes que nada son los «llamados» —como atestigua San Pablo—«a la comunión con el Hijo de Dios, Jesucristo» (I Cor 1, 9). Esto les ayudará a lograr y mantener una visión mucho más dinámica de su existencia en la Iglesia y una inteligencia más activa de su compromiso cristiano.

La Iglesia, si existe, es porque no ha dejado de ser convocación actual de Cristo, después de la Ascensión, es decir, no ha dejado de ser Acontecimiento. A la pregunta y respuesta clásicas de los catecismos —«¿Sois cristiano?» «Sí, por la gracia de Dios»—, impostada en una perspectiva excesivamente individualista, se les podría dar una versión más adecuada a la realidad eclesial en el sentido de: «¿Sois de la Iglesia?» «Sí; por la gracia de Dios, he sido convocado por Cristo a la Salvación.» Y luego se explicaría que esto es ser cristiano.

Después de la Ascensión, lo que ha cambiado es el modo de convocación a la Salud que se realiza en medio de los hombres; el que haya unos instrumentos para la convocación, establecidos por Cristo, es precisamente lo que constituye también a la Iglesia como Institución, no sólo para la convocación, desde luego, sino para la comunicación de la Salud a quienes han sido llamados.

En la línea de Iglesia-convocación es donde descubrimos la dimensión eclesial de la Palabra; pues «la convocación es la Santa Iglesia», no puede por menos de connotar la realidad de la Palabra que convoca, a la que corresponde la Fe como adhesión por parte de los convocados; en este caso, los fieles. Pero mientras que la Palabra sugiere la realidad de la Iglesia como llamada de Dios e iniciativa

²⁹ R. BELARMINO: *De Controversiis*, II, L. III, *De Ecclesia Militante*, ed. c., p. I, p. 73; *Catechismo Maggiore*, Verona, 1906, C. X, pp. 29-30.

suya, la Fe significa la respuesta humana, si bien fundada en la Gracia; doble elemento, el divino y el humano, que se entrecruzan en todas las dimensiones de la Economía de la Salud. Esto nos revela, además, la estructura dialogal de la Iglesia, no en sentido sociológico, sino religioso; diálogo entre Dios y el hombre, tanto a escala personal como comunitaria, del que la liturgia da un típico ejemplo en la celebración eucarística, y que ha de renovarse siempre en la Iglesia para la edificación del Cuerpo de Cristo. En la génesis y desarrollo de la Iglesia, el primer factor que cuenta es la Palabra de Dios.

2. *La Iglesia fundada y edificada por la Palabra de Dios.*

Ya queda constatado cómo la fundación de la Iglesia por la Palabra había sido afirmada implícitamente en la tradición teológica, de la que da testimonio Santo Tomás al hablar de la constitución de la Iglesia por la Fe. Esta doctrina es de honda raigambre bíblica. En San Pablo, el tema de la génesis de la Iglesia por la Palabra aflora como una convicción constante, resultado de su experiencia apostólica de fundador de comunidades cristianas: «Yo os engendré —dice a los Corintos— por medio del Evangelio» (I Cor 4, 15); los cristianos son llamados por el Evangelio de Cristo (Rom 1, 6); la Iglesia está fundada sobre la predicación de los apóstoles (Ef 2, 10); los Efesios, por haber creído en la Palabra anunciadora de la Buena Nueva, han sido incorporados al Pueblo de Dios (Ef 1, 13); la Iglesia de Corinto ha nacido, asimismo, de la predicación de Pablo (2 Cor 3, 3).

En el libro de San Lucas sobre los «Hechos de los Apóstoles», el «hecho» que más destaca es el de su predicación, mediante la cual va creciendo el pueblo de Dios (Hech 2, 4, 6, 10, 18); tan íntima es la relación entre la Palabra y la fundación de la Iglesia, que al intentar describir el desarrollo de la Iglesia por el mundo, San Lucas habla en sentido equivalente de la extensión y penetración de la Palabra:

«La Palabra de Dios crecía y se multiplicaba» (Hech 12, 24).
«La Palabra de Dios se extendía por toda la región» (Hech 13, 49).

El mismo tema se halla también presente en la eclesiología del Vaticano II. Es una consecuencia lógica a la que lleva la inteligencia de la Iglesia como «Convocación» de Dios en Cristo; el nacimiento

de la Iglesia aparece, en efecto, correlacionado en la pedagogía conciliar con la Palabra de Cristo, aunque no de una manera exclusiva:

«El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesús fundamentó su Iglesia predicando la Buena Nueva, es decir, el Reino de Dios... Este Reino comienza a manifestarse como una luz delante de los hombres por la palabra, las obras y la presencia de Cristo» (CI 5, 24).

Y no solamente al principio de su convocación por Cristo, sino también a través de todo su acontecer histórico, la congregación del Pueblo de Dios comienza a existir como «renacimiento mediante la Palabra», al que seguirá en un momento posterior al renacimiento «del agua y del Espíritu», es decir, por los Sacramentos:

«Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, mediante la Palabra de Dios vivo —I Ped 1, 23—, no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo —Jn 3, 5-6—, son hechos por fin "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición...", que en un tiempo no era pueblo y ahora Pueblo de Dios" —I Ped 2, 9-10—» (CI 2, 9).

Por lo tanto, desde el punto de vista de la congregación de los fieles en la Iglesia Santa, la recepción de la Palabra, anterior a la de los Sacramentos, es la que inicia su transformación en Pueblo de Dios. Ser comunidad sacramental, es comunidad de la Palabra; al hablar, pues, En este sentido, se afirma que la Iglesia, en su génesis, antes que de la Iglesia como Comunidad de la Palabra, lo primero que se intenta expresar es el hecho de que el Pueblo de Dios existe porque la Palabra de Dios ha sido aceptada.

Pero la expresión tiene también otro significado fundamental; antes que la Palabra sea aceptada, la Palabra de Dios pre-existe para ser proclamada; antes que «congregación de fieles», hay «convocación de fieles»; antes que participación en la Salud, hay comunicación de la Salud; este acontecimiento se funda en la permanencia de la Palabra de Dios entre los hombres, prometida por Cristo, Palabra Encarnada, a los apóstoles, al asegurarles su estancia en medio de ellos «hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Ahora bien, Cristo no solamente se encarnó, sino que predicó la llegada del Reino de Dios con su aparición en medio de los hombres y la realización de la Salud por su Muerte y Resurrección; por lo que la presencia salvadora de Cristo, Palabra Encarnada, es inseparable de su anuncio, de la Palabra proclamada por El; si aquélla ha de permanecer, también ésta. Es siempre el mismo Cristo quien salva estando

presente y actuando de «una vez para siempre» de la misma manera; y el Hijo de Dios «hizo» y «habló». Por esto, en definitiva, la presencia perenne de la Salud implica la presencia perenne de la Palabra.

Y como ni la revelación de la Palabra ni su permanencia en medio de los hombres es obra humana, sino de Dios, decimos que la Palabra pre-existe y permanece a un nivel de independencia y prioridad con relación a los fieles, de cuya congregación como Pueblo de Dios es un medio necesario; como tal, la Palabra, sólo fundada en Dios y dependiente de su iniciativa, aparece como un acontecimiento y una institución divina, es decir, como «hecho de Dios». Y este «hecho de Dios» es el que se identifica con la realidad de la Iglesia-Institución de Salvación, aunque no de una manera exclusiva, porque también los Sacramentos y el Ministerio de la Palabra y el Sacramento son «hechos de Dios» en la Economía de la Salud, son elementos institucionales de la Iglesia.

Así pues, Iglesia-Comunidad de la Palabra también significa que la Iglesia como Institución de Salvación existe porque la Palabra manifestada por Cristo permanece en el mundo como presencia y anuncio de la Salud, como convocación incesante entre los hombres de un Pueblo de Dios.

Este aspecto, según el cual, la Iglesia-Institución de la Palabra precede a la congregación de los fieles en la Santa Iglesia, está asimismo sugerido en la doctrina conciliar:

«Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los apóstoles con la encomienda de llevarla hasta el fin de la tierra —Hech 1, 8—. De aquí que haga suyas las palabras del Apóstol, "Ay de mí, si no evangelizare" —I Cor 9, 16—; por lo que se preocupa incansablemente de enviar evangelizadores hasta que queden plenamente establecidas nuevas iglesias y éstas continúen la obra evangelizadora» (CI 17, 50).

En estas palabras se percibe casi un eco literal de la afirmación de Santo Tomás, ya recordada, quien consideraba la fundación de la Iglesia entre los gentiles como efecto pleno de la evangelización, es decir, del anuncio plenamente eficaz de la Palabra.

Con relación a estas ideas, hay que tener en cuenta una observación de tipo metodológico; al presentar en la catequesis el tema de la fundación de la Iglesia por la Palabra, habrá que evitar que se forme en los fieles una idea «cosista» de la Palabra de Dios, como si se tratase de una cosa puesta por Dios en el mundo y a través de la cual luego envía El a los hombres, como por un canal, la

Salvación, o cómo por un faro, la luz para dirigirse a la casa lejana del Padre, que sería la Iglesia; ni puede compararse a la armazón de los edificios materiales. Esto quiere decir que la Palabra de Dios, como los Sacramentos, no se puede reducir a la mera categoría de «medio de la Gracia», concebido como un instrumento que pudiera separarse de la obra de Salud realizada por Cristo y la Iglesia; la Palabra de Dios, bien escrita, bien proclamada, es ella misma, como los Sacramentos, presencia de la Iglesia y presencia de la Salud introducida y manifestada en medio de los hombres por la Iglesia. Donde llega la Palabra de Dios, se inicia tanto la historia de la Iglesia como la historia de la Salud.

La visión de la Palabra de Dios en la fundación de la Iglesia tampoco ha de ser estática, sino dinámica; la Palabra de Dios es el principio del crecimiento de la Iglesia hacia la plenitud, «el Evangelio es el principio de vida para la Iglesia» (CI 20, 56). La pedagogía conciliar precisa más este aspecto del dinamismo eclesial de la Palabra, recordando la comparación bíblica de la Palabra con la semilla:

«La Palabra de Dios se compara a una semilla, depositada en el campo —Mc 4, 14—; quienes la reciben con fidelidad y se unen a la pequeña grey —Lc 12, 32— de Cristo, recibieron el Reino; la semilla va germinando poco a poco por su vigor interno y va creciendo hasta el tiempo de la siega —Mc 4, 26-29—» (CI 5, 24).

Las comunidades cristianas, así como cada uno de los fieles, necesitan de la Palabra de Dios para su desarrollo eclesial; evangelización de la Palabra de Dios a quienes todavía no creen, predicación de la Palabra de Dios a los ya bautizados. Cuando la comunidad cristiana deja de estar a la escucha de la Palabra de Dios, su existencia como Iglesia decae y se degenera. Uno de los resultados es un cierto catolicismo meramente «sociológico», que entiende y vive la Iglesia como sociedad de prácticas rituales y de leyes y complejo de estructuras que las sustenta.

En otra línea, con motivo de la actual reforma litúrgica conciliar, se ha podido comprobar cómo una de las principales dificultades que encuentra es la falta de una adecuada iniciación bíblica en los fieles; en definitiva, la ausencia de una religiosidad madurada a partir de la Palabra de Dios.

Asimismo, la falta de predicación de la Palabra de Dios o sus deficiencias se puede considerar como la causa más profunda de la descristianización de los pueblos.

Por todo esto, como una gran instancia de la actual renovación eclesiológica y pastoral, aparece la urgencia presente de caer en la cuenta de la principalidad que tiene en la vida de la Iglesia el Ministerio de la Palabra, que precede al Ministerio sacramental; precedencia que ha de valorarse no en clave cronológica, sino en clave teológica y en la perspectiva de los signos de los tiempos.

3. *El Ministerio eclesial de la Palabra.*

La Iglesia es Comunidad de la Palabra porque se ha congregado como Pueblo de Dios convocado por la Palabra de Cristo. Y siendo la Iglesia «Convocación», la Palabra ha de continuar siendo proclamada en orden a la existencia y crecimiento del Pueblo de Dios a través de los siglos, en este entre-tiempo anterior al retorno definitivo del Señor para convocar a los suyos en la Jerusalén celestial. Y es la misma Iglesia, que ha recibido la Palabra, la que continúa proclamando la Palabra en que ha creído; porque esta proclamación es una función encomendada a la Iglesia, ésta es denominada también Comunidad de la Palabra. La proclamación de la Palabra presencializa la Iglesia en una de sus actividades principales, y la Iglesia presencializa la Palabra de Dios entre los hombres.

La proclamación de la Palabra se configura en la Iglesia como ministerio jerárquico eclesial, constituido al nivel de la Iglesia-Institución, porque se funda en un acto de Cristo; la misión de evangelizar y predicar confiada a los apóstoles, y en ellos, a sus sucesores, los obispos.

La eclesiolología conciliar destaca con precisión este aspecto del Ministerio en la Iglesia:

«Los obispos, en su calidad de sucesores de los apóstoles, reciben del Señor, a quien se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura, a fin de que todos los hombres logren la salvación por medio de la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos» (CI 24).

La obra del Ministerio de la Palabra se sitúa en una línea de continuidad con la obra de convocación de un Pueblo Nuevo, realizada por Cristo; como Cristo «convocó» la Iglesia (CI 9, 35), los apóstoles predicando «reúnen la Iglesia Universal»:

«Los apóstoles, predicando en todas partes el Evangelio (Mc 16, 20), que los oyentes recibían por influjo del Espíritu Santo, reúnen

la Iglesia Universal, que el Señor fundó sobre los apóstoles y edificó sobre el bienaventurado Pedro, su cabeza, poniendo como piedra angular del edificio a Cristo Jesús» (CI 19, 55).

Y como la obra de reunión de la Iglesia por la Palabra ha de realizarse siempre a través de los siglos, los Apóstoles transmitieron esta misión a sus sucesores:

«Esta divina misión, confiada por Cristo a los apóstoles, ha de durar hasta el fin de los siglos (Mt 28, 20), puesto que el Evangelio que ellos deben transmitir en todo tiempo es el principio de la vida para la Iglesia. Por lo cual los apóstoles, en esta sociedad jerárquicamente organizada, tuvieron cuidado de establecer sucesores» (CI 20, 56).

La catequesis ha de insistir en el dato conciliar de que la «reunión de la Iglesia» está vinculada a la proclamación de la Palabra por parte de la Jerarquía; esta forma de proclamación de la Palabra es constitucional en la Iglesia; si la Jerarquía claudicase en el cumplimiento de esta función, dejaría de existir el mismo Ministerio, se perdería por falta de transmisión la misma Palabra de Dios. Pero esto no ocurrirá nunca porque Cristo ha prometido su asistencia a la Iglesia «hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20); esta promesa implica la perenne indefectibilidad de la Palabra, que convoca al Pueblo de Dios mediante la proclamación del Ministerio jerárquico.

En esta perspectiva, se comprende que también el Vaticano II, como antes lo había hecho el Concilio de Trento, haya puesto de relieve la principalidad de la predicación del Evangelio entre las tareas pastorales de los obispos:

«Entre los oficios principales de los obispos, se destaca la predicación del Evangelio. Porque los obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, es decir, herederos de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado, la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida, la ilustran con luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (Mt 13, 32), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de la grey los errores que la amenazan» (CI 25, 67).

La Constitución «De Ecclesia», en este mismo párrafo, continúa precisando la doctrina católica sobre el magisterio eclesial. Esta pedagogía conciliar sobre la función episcopal de magisterio nos ofrece dos criterios de base de cómo se ha de plantear y tratar el tema en la catequesis. Un primer criterio importante es que la catequesis sobre el Magisterio jerárquico en la Iglesia ha de desarrollarse en

conexión con la catequesis sobre la Palabra de Dios en la Iglesia. Es un magisterio al servicio de la Palabra de Dios, que ha de ser conservada y transmitida fielmente para la perenne convocación y edificación de la Iglesia; aparecerá así también de una manera fácil cómo el Magisterio eclesiástico está subordinado a Cristo, de quien es la Palabra de Verdad dicha a la Iglesia de una vez para siempre, y que le ha instituido sin dejar de ser por eso el Supremo Maestro de la Iglesia. Pero al mismo tiempo que se debe subrayar la supremacía de Cristo-Doctor, se hará ver la correlación del Magisterio eclesiástico con el Magisterio de Cristo, del que aquél es Signo y continuación visible; en esta correlación se funda precisamente la naturaleza misteriosa y religiosa de la función docente de la Jerarquía, que los fieles han de valorar con la luz de la fe, y no de la ponderación o análisis racional.

Y esto nos lleva a indicar otro criterio catequético fundamental: El Magisterio eclesiástico no ha de ser presentado de ninguna manera como una docencia académica, como si los obispos fuesen una especie de profesores cualificados de Religión, sino como un medio de apacentar la Iglesia por la Palabra, según expresión conciliar, válida también para los sacerdotes y diáconos:

«Aquellos que entre los fieles se distinguen por el orden sagrado quedan destinados, en el nombre de Cristo, para apacentar la Iglesia con la Palabra y con la Gracia de Dios» (11, 40).

El Magisterio de los obispos es evangelización y es predicación de la Palabra de Dios; ellos son «pregoneros de la fe» y «maestros» (CI 25, 67), es decir, misioneros y catequistas; las mismas «definiciones dogmáticas» del Papa o de los obispos con el Papa reunidos en Concilio no son más que una forma, la más solemne, de la predicación y de la catequesis de la Palabra de Dios, encomendada al Magisterio eclesiástico. Y, en definitiva, el Magisterio eclesiástico no se ordena a aumentar la ciencia de los fieles en el campo del conocimiento humano, sino a «hacer fructificar» (CI 25, 67) la Verdad de Dios, su Palabra, en la vida de la comunidad cristiana. Con estos datos queda completada la visión de la pedagogía conciliar sobre el Ministerio eclesial de la Palabra.

A nivel diverso se presenta la tarea de los fieles en la línea de la Proclamación de la Palabra, ya que no son ellos los encargados de «custodiar» la Palabra de Dios con Magisterio, ni los enviados a

«reunir la Iglesia Universal» con la Palabra, ni «a apacentar» con la Palabra la comunidad eclesial a modo de auto-dirección, sino que «reciben la Palabra» (CI 12, 42) y comunican la Palabra que les ha sido transmitida por los Pastores del Pueblo de Dios (CI 11, 39).

Pero objetivo central y exclusivo de la catequesis no ha de ser la diferenciación de ambas formas de proclamación de la Palabra en la Iglesia, la jerárquica y la comunitaria, aunque, desde luego, esta diferenciación ha de quedar bien marcada y en primer plano, para evitar cualquier malentendido de «democratización» del ministerio eclesial de la Palabra y del Magisterio. Conseguido esto, la catequesis se ha de orientar con insistencia a descubrir a los fieles su función, sus compromisos y responsabilidades con relación a la proclamación de la Palabra de Dios, que engendra y que edifica a la Iglesia.

En esta línea aparece, por último, otro de los aspectos por el que la Iglesia ha de ser entendida como Comunidad de la Palabra; no solamente porque el Pueblo de Dios es convocado por la Palabra ni porque la permanente proclamación de la Palabra ha sido instituida como Ministerio jerárquico, sino también porque con la Jerarquía, la comunidad entera del Pueblo de Dios es mediadora y está al servicio de la Palabra santa. Corresponde este último aspecto a la inteligencia que la Patrística tuvo de toda la Iglesia como mediadora de la salud ³⁰.

La misma eclesiología conciliar ha sugerido con suficiente precisión la mediación santificadora de todo el Pueblo de Dios:

«Si es cierto que algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos para los demás como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo se da una verdadera igualdad entre todos, en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles, para la edificación del Cuerpo de Cristo» (CI 32, 84).

En cuanto a la edificación del Cuerpo de Cristo por la Palabra, es múltiple la contribución de los fieles no constituidos en algún oficio jerárquico. Aclaremos que así quedan incluidos tanto los laicos como los religiosos no sacerdotes o diáconos.

Ellos pueden realizar una obra de «evangelización», que es la forma primordial del servicio de la Palabra que presta la Iglesia a

³⁰ DELAHAYE: *Ecclesia Mater*, l. c., p. 198 ss.

los hombres, y, como los obispos (CI 25, 67), son también cualificados como «pregoneros de la fe»:

«... Los laicos se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos (Heb 11, 1), si asocian sin desmayo la profesión de fe con la vida de fe. Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo» (CI 35, 89).

Importante es también el servicio de la Palabra que han de realizar los padres cristianos en la comunidad doméstica; ellos son denominados «los primeros predicadores»:

«En esta como Iglesia doméstica, los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo» (CI 11, 41).

También los laicos participan en la proclamación de la Palabra que tiene lugar en el culto en sus diversas formas de lectura, profesión de fe, oración, himno de alabanza, aclamación, etc., y su intervención como lectores, comentadores, cantores, es cualificada, «auténtico ministerio», que por ser «litúrgico», no puede por menos de ser también «eclesial»:

«Los acólitos, lectores, comentadores y cuantos pertenecen a la "schola cantorum" desempeñan un auténtico ministerio litúrgico» (CL 29, 75).

Así pues, en la celebración litúrgica se manifiesta tanto la función de la Jerarquía como la participación de los fieles en la proclamación de la Palabra, y toda la Iglesia aparece actuando como Comunidad de la Palabra, y en cuanto tal, los laicos también colaboran a su realización.

La actual reforma conciliar de la Liturgia ha introducido una innovación, que encierra un significado eclesiológico de gran alcance en este sentido; nos referimos a la posibilidad de que en casos extraordinarios sea el mismo laico quien presida las «celebraciones de la Palabra de Dios»:

«En los lugares donde no haya sacerdote y no se pueda celebrar la misa, los domingos y fiestas de precepto organícese, a juicio del Ordinario, una sagrada celebración de la Palabra de Dios, presidida por un diácono o incluso por un seglar, especialmente delegado» (CL 37, 21).

Por último, también en la línea del servicio eclesial a la Palabra,

se abre a los seglares la gran posibilidad de la Catequesis, a la que siempre ellos han prestado su valiosa colaboración a través de toda la historia de la Iglesia, y en función de la cual hay que continuar avivando con particular empeño en los seglares de nuestro tiempo su conciencia de servidores de la Palabra y confesores de la Fe.

Esta actividad y este compromiso eclesial de los seglares se configura como un oficio al que han sido promovidos por el bautismo y la confirmación ³¹:

«Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana y regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia. Por el Sacramento de la confirmación... se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras, como verdaderos testigos de Cristo» (CI 11, 39).

En esta hora de promoción eclesial del laicado, la catequesis no puede por menos de ayudar a los seglares a descubrir la dimensión de su participación en la proclamación de la Palabra, como una forma primaria de apostolado.

En esta perspectiva, diríamos que el objetivo de la catequesis, según la pedagogía conciliar sugiere, es «desclericalizar», guardando siempre, por supuesto, los límites necesarios, el servicio de la Palabra en la Iglesia. Si los seglares pueden ser denominados «predicadores» y «pregoneros de la fe», si ellos pueden presidir en nombre del Obispo o del párroco celebraciones sagradas de la Palabra, es un índice de que la comunicación de la Palabra no es tarea exclusivamente jerárquica ni el ministerio eclesial de la Palabra oficio exclusivo de la Jerarquía. El servicio eclesial de la Palabra reviste dos formas esenciales para la edificación del Pueblo de Dios; una es la del ministerio propio de la Jerarquía apostólica, esencial en el orden de la Institución de la Iglesia, otra es la del ministerio de los seglares, esencial en el orden de la vida de la Iglesia. Por ambos elementos se estructura la Iglesia como Comunidad de la Palabra.

³¹ La expresión «como un oficio» corresponde a una afirmación de Santo Tomás: «Confirmatus accipit potestatem publice fidei Christi verbis profitendi, quasi ex officio» (ST., III, p. 72, a5). El texto conciliar que citamos sigue asimismo muy de cerca la exposición de Sto. Tomás en ST., III, q. 63, a. 2; q. 65, a. 3 y q. 72, a. 1, 5.

4. *Presencia eclesial de Cristo por la Palabra.*

La pedagogía conciliar sobre la Iglesia, Comunidad de la Palabra, se enriquece con un nuevo tema, que ha de tener presente nuestra catequesis; y es que la Palabra de Dios, recibida y proclamada por la Iglesia, es una forma de presencia y de acción de Cristo en medio de la comunidad eclesial. La incorporación de este tema a la catequesis es de capital importancia para que los fieles estimen lo que representa para la vida de la Iglesia la Palabra de Dios, escrita y proclamada, y se fomente en ellos un «amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura» (CL 24, 74); La Sagrada Escritura, conservada por la Iglesia, es un Libro que notifica de los hechos y de los dichos de Dios en la historia ya cumplida de la salvación; pero no sería incompleto entender la Sagrada Escritura sólo como un «Libro de Memorias», en el que los hechos o las palabras que se cuentan se hacen presentes al lector exclusivamente por el recuerdo.

La Sagrada Escritura, leída, proclamada, predicada en la Iglesia, es Palabra de Dios para los fieles de «ahora y aquí», que resuena vibrante por la fe como Palabra de Dios, siempre nueva, dicha por primera vez a la Iglesia; la Palabra que escuchamos hoy es, como los Sacramentos, una intervención actual de Dios en la historia de la salvación que se cumple para nosotros, para cada generación, en la Iglesia. La Palabra de Dios no tiene pretérito, es siempre actual; «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35); «La Palabra del Señor permanece eternamente» (I Ped 1, 25). Lo que «en aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos» no ha dejado de ser dicho siempre en la Iglesia por el mismo Señor. Dios habló y Dios habla; pero es siempre la misma Palabra la que se oye. Y dondequiera que esta Palabra es proclamada, el Señor está siempre presente anunciándola; el «en aquel tiempo» se transforma «en nuestro tiempo» y el «dijo» en «dice» y el «fue Palabra de Dios» en «es Palabra de Dios».

Un momento extraordinario, en que se verifica este acontecimiento misterioso en la vida de la Iglesia, es la acción cultural. Este es un tema fundamental de la catequesis del Vaticano II sobre la Iglesia y su Liturgia:

«... Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica... Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla» (CL 7).

Y ésta no es una afirmación incidental, sino repetida con insistencia y formulada siempre con precisión, de manera que no puede pasar inadvertida:

«En la Liturgia, Dios habla a su Pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio» (CL 33, 76).

Esta presencia y esta acción de Cristo en su Iglesia está también vinculada a la predicación:

«Así pues, en los obispos, a quienes asisten los presbíteros, Jesucristo Nuestro Señor está presente en medio de los fieles como Pontífice Supremo. Porque, sentado a la diestra de Dios Padre, no está lejos de la congregación de sus pontífices, sino que principalmente, a través de su servicio eximio, predica la Palabra de Dios a todas las gentes...» (CI 21, 58).

Es la primera vez que en un documento conciliar se afirma tan decididamente la presencia y la acción de Cristo en su Iglesia por medio de la Palabra. Pero el Concilio no ha innovado esta doctrina, ni la ha improvisado. Es una doctrina tradicional, actualizada últimamente en especial por los estudios sobre Teología de la Palabra y de la Predicación; así la expresaba San Agustín: «Christus praedicat Christum»³². Y en los años que anteceden inmediatamente al Concilio nos encontramos ya en los autores católicos con ciertas afirmaciones, que parece han sido incorporadas casi literalmente después a la temática conciliar; en 1958, Schlier escribía: «Palabra de Cristo significa, en primer lugar, la Palabra que Cristo pronuncia»; y D. Grasso, en 1961: «En la predicación, es Dios o Cristo quien habla»³³; Schillebeeckx, en 1960, refiriéndose a la liturgia de la Palabra en la Misa, afirmaba de manera más radical todavía y más comprometida: «Cristo está ya personalmente presente... en la lectura de la Escritura y en la predicación oficial de la Iglesia»³⁴.

La doctrina conciliar, al mismo tiempo que es ya un síntoma del grado de madurez que ha ido alcanzando en el sector católico la teología de la Palabra, pone una base firme para su ulterior desarrollo y, además, hay que esperar obtenga resultados pastorales positivos, en particular, en orden a dignificar el ministerio de la predicación en la estima de los sacerdotes y en orden a polarizar a los fieles en torno a la Palabra de Dios.

Hay que reconocer, sin embargo, que los fieles de esta generación no están preparados para asimilar fácilmente esta doctrina con-

ciliar sin confusiones; la catequesis predominante ha orientado la fe de los fieles sólo hacia la presencia de Cristo en la Eucaristía, y la ha desarrollado en esta línea como si no se encontrara otra forma de presencia de Cristo en la Iglesia en sentido propio más que la «eucarística», que es verdadera, real y sustancial, olvidando su presencia por la Palabra, que al menos es verdadera, personal y activa ³⁵.

Para evitar malentendidos o que se oscurezca la fe de los fieles en la Eucaristía, la catequesis habrá de marcar con relieve la diferencia entre la presencia eucarística de Cristo y su presencia por la Palabra, así como también el diverso orden en que se sitúa la acción de Cristo por la Palabra y los Sacramentos y el diverso grado de eficacia de la Palabra, de la Eucaristía y de los demás Sacramentos en la Economía de la Salud. Pero la catequesis no dejará de insistir en la presencia de Cristo por la Palabra, para que la fe de los fieles se oriente hacia la plenitud de la presencia de Cristo en la Iglesia, ya que a los diversos modos de su presencia corresponden diversas formas de su acción santificadora, y del encuentro con Cristo por la Palabra depende el encuentro eficaz con Cristo por la Eucaristía. Así como la Iglesia es a la vez Comunidad de la Palabra y Comunidad Sacramental, también el fiel ha de ser a la vez hombre de la Biblia y hombre de los Sacramentos ³⁶.

5. *La Sagrada Escritura, signo y vínculo visible de unidad eclesial.*

La catequesis sobre la Iglesia no puede por menos de abrirse a una perspectiva ecuménica a partir de esta consideración de la Iglesia como Comunidad de la Palabra: Palabra de Dios, cuya forma concreta e histórica de existencia y conservación en la Iglesia es la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios escrita es una realidad inseparable de la única Iglesia de Cristo, porque la Palabra de Dios no puede ser más que una, y en ella se fundamenta la Iglesia; por esto la Sagrada Escritura puede ser considerada como un Signo y un vínculo visible de la unidad eclesial.

Esto quiere decir que allí donde la Sagrada Escritura sea recibida

³² Citado por D. GRASSO: *El Ministerio de la Palabra hoy*, en «Problemas actuales de Pastoral» (M., 1963), 118.

³³ SCHLIER: *La parola di Dio*, l. c., p. 17; GRASSO, *O. c.*, p. 118.

³⁴ SCHILLEBEECKX: *Parole et Sacrement dans l'Eglise*, l. c., p. 42.

³⁵ A este modo de presencia se ha referido también Pablo VI en la *Mysterium Fidei*.

como Palabra de Dios, aunque a esta recepción no corresponda una profesión de fe adecuada, existe de alguna manera un vestigio de la Iglesia, una presencia suya, un elemento propio de la verdadera y única Iglesia. Por lo tanto, hay que reconocer que las comunidades cristianas disidentes, pero que aceptan la Sagrada Escritura, están de alguna manera en conexión visible con la Iglesia Católica. Es doctrina conciliar:

«La Iglesia se siente unida por varios vínculos con todos los que se honran con el nombre de cristianos, por estar bautizados, aunque no profesan íntegramente la fe o no conservan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro. Pues conservan la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida...» (15, 47).

El mismo hecho es constatado por el Decreto de Ecumenismo:

«Además de los elementos o bienes que en su conjunto constituyen y vivifican a la Iglesia, algunos, o mejor muchísimos y muy importantes, pueden encontrarse fuera del recinto visible de la Iglesia Católica; la Palabra de Dios escrita...» (DE 3, 96).

Tampoco en este caso se trata de una tesis católica nueva; ya San Agustín había afirmado que en las comunidades disidentes podían encontrarse «bienes propios» de la única Iglesia católica³⁷, y en particular, que ellas podían poseer el «verdadero Evangelio»³⁸.

Actualizando esta doctrina, el Vaticano II ha manifestado claramente su intención de insistir más en lo que nos une a todos los cristianos que lo que nos separa. La unión por la Escritura es un vínculo fundamental, del que también tienen conciencia los no católicos; un teólogo protestante de gran renombre, M. Thurian, había escrito en vísperas del Concilio, y «pensando en el Vaticano II»: «La institución de las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, universalmente aceptada por los cristianos, es una forma capital de la unidad visible de la Iglesia»³⁹.

La catequesis de nuestro tiempo no puede ser insensible a la realidad constatada por el Concilio; en este caso habrá que insistir en que no existe una Biblia de los protestantes y una Biblia de los católicos, sino la única Palabra de Dios escrita, conservada por la Iglesia, y que en parte o íntegramente es también recibida por los hermanos separados de la comunión con Roma. Signo de unidad, la Sagrada Escritura es, sin embargo, por sí sola, un vínculo incompleto para fundar

³⁶ CH. MOELLER: *Peut-on au XX siècle être un homme de la Bible?*, en «Parole de Dieu et Liturgie», l. c., 216-277.

la comunión eclesial; pero en medio de las Comunidades disidentes, la Palabra de Dios escrita es energía vital que las impulsa incesantemente hacia la plenitud de la unidad con la Iglesia católica, la Santa Madre, por cuya mediación la Palabra de Dios se ha hecho presente en el mundo.

IV.—CONCLUSIÓN.

Siguiendo la eclesiología conciliar, aparece la riqueza de aspectos que encierra la consideración de la Iglesia, como Comunidad de la Palabra, en los documentos del Vaticano II. Datos tradicionales, que habían permanecido un tanto en la penumbra para nuestros fieles a causa de su desfigurado «sabor» protestante, se presentan de nuevo, purificados de falsas interpretaciones, formando parte integrante de la visión católica sobre la Iglesia.

El dilema ficticio —«¿Iglesia de la Palabra o de los Sacramentos?»— que, juzgado irreductible, había condicionado entre católicos y protestantes tanto la teología como la catequesis sobre la Iglesia, ha sido superado en la pedagogía conciliar. A ella deberá corresponder una catequesis renovada, para lograr que a los principios corresponda de hecho una conciencia y una religiosidad eclesial de los fieles, fundadas y desarrolladas tanto en la línea de la Iglesia, Comunidad de la Palabra, como de la Iglesia, Comunidad Sacramental.

³⁷ «No existe más que una Iglesia, la única que es llamada católica; pero ella posee bienes propios en las comunidades disidentes.»

³⁸ (*De bap.*, I, X, 14-PL. 43, 117): «Puede suceder que algunos tengan el verdadero bautismo y no la verdadera fe, como puede suceder que posean el verdadero Evangelio» (*De unico Bap.*, XI, 18-PL. 43, 604).

³⁹ M. THURIAN: *L'unité visible des chrétiens et la tradition* (Taizé), 8.